

Editorial



ue somos islas y vivimos en el Atlántico es a estas alturas mucho más que un hecho geográfico o geopolítico. Incluso más que una situación socioeconómica determinada históricamente por nuestra naturaleza insular y oceánica. Si lo pensamos de forma reflexiva y sosegada, sin los tacticismos y las prisas de la política del día a día, vulgar y mediocre forma de hacer política que padecemos, podemos convenir que, ya metidos en el siglo XXI, nuestro futuro como pueblo y nuestra identidad colectiva habrán de construirse precisamente a partir de, y nunca de espaldas a,

aquella realidad objetiva. Y hablamos aquí en términos condicionales porque acerca de lo que sea nuestra identidad cultural o política, aquello que nos haga reconocernos como comunidad singular y específica, nada hay escrito definitivamente en el pasado, si bien ha sido nuestra corta pero intensa historia en común desde finales del siglo XV la que ha ido depositando ante nosotros aquellos bienes y valores que informan la peculiar manera de ser de un pueblo. Pese a ello, el futuro seguirá dependiendo de nuestra intervención colectiva en el presente. Estamos entonces en la encrucijada. Podemos anticipar, acaso con algún sentido, que tenemos la firme voluntad de construir una identidad abierta, tolerante y democrática, hostil y beligerante contra el dogmatismo y la exclusión, pues así lo indica nuestra experiencia histórica como pueblo siempre dispuesto a cruzar el océano para volver fortalecido con nuevas ideas y puntos de vista, al tiempo que atento y receptivo hacia aquello que llegase por nuestros puertos y nos pudiera servir para progresar. Así lo indica también desde luego la situación histórica en la que vivimos: la época en que la democracia y los derechos humanos, al menos en el terreno de las ideas, parecen haberse asentado en nuestras formas de vida. Pero todo esto, por mucho sentido que pueda tener, no son más que especulaciones al respecto de nuestra identidad, porque la construcción de la misma dependerá en la práctica de lo que seamos capaces de hacer en los próximos años a partir de la comprensión verdadera, y no ocultación interesada, de nuestras auténticas posibilidades como pueblo atlántico e insular.

Este es el año del centenario de la independencia de las últimas colonias españolas en América. Conviene no olvidar que por aquel entonces -1898- la realidad económica y social de Canarias, nuestro modo de vida, formaba asimismo parte del mundo colonial americano. Y lo que es en estos momentos aún más importante: a pesar de nuestra integración económica en las coordenadas mercantilistas y monetarias de la Unión Europea, el pueblo canario sigue manteniendo profundos lazos de orden cultural y afectivo con los pueblos de América. De forma muy particular, en este 98 nos sentimos concernidos por el futuro del pueblo cubano.

Corriente Atlántica

Con respecto al centenario, los *Cuadernos del Ateneo* han querido alterar el enfoque tradicional de la cuestión del 98, haciendo de la misma algo bien distinto al recordatorio de los lamentos a que dieron lugar, desde la perspectiva de la España peninsular, la pérdida de las últimas colonias. Se trataría ahora por el contrario de que Canarias se sumase en este otro 98, antesala del nuevo siglo, a lo que puede ser el proyecto de construcción de identidad y progreso por parte de todos los pueblos que componen eso que podemos llamar corriente atlántica, corriente a través de la cual en el pasado nuestros pueblos se encontraron, y que ahora de cara al futuro, y frente a los intentos globalizadores de demolición de realidades singulares y diferentes a que se nos quiere someter, puede ser una de las claves sobre la que construir nuestra identidad. Hablamos, claro está, de un proyecto situado en un plazo histórico más bien largo, pero que no obstante terminará siendo perentorio e ineludible para todos los pueblos que componen esta parte del mundo, ya que en ello les va su propia supervivencia. Canarias está en condiciones de recorrer, sin más demora, ese camino.

Desde el siglo XV hemos surcado por la corriente atlántica desplegando las velas del lenguaje, de modo que el uso que hemos hecho del mismo a ambos lados del océano es un patrimonio común difícilmente igualable, por su complejidad y riqueza de matices en eso que va más allá de la simple sintáxis o semántica de la lengua y que llamamos "pragmática", que es la forma particular de usar un determinado lenguaje por parte de diferentes comunidades, cada una con su propia tradición cultural. Pues bien, al nivel literario más originario y expresivo que representa la poesía escrita a orillas del atlántico, dedica en esta ocasión unas páginas nuestra Revista. Diferentes creadores han hecho de el-(los) lenguaje-(s) de nuestras comunidades un uso poético cuya sustancia estética da idea de la existencia de una misma gran comunidad de hablantes ligados entre sí por una historia llena de encuentros.

Nos hemos referido a la identidad colectiva como algo abierto y en proceso de construcción pluralista y democrático. Pero la búsqueda de la identidad es en sí misma un objetivo de orden personal que hacen suyo individuos singulares, unos yoes que se proponen a lo largo de su vida autorrealizarse éticamente. Y es esta otra dimensión subjetiva de la identidad, contradictoria o no con la anterior, pero siempre guardando con ella un cierto grado de tensión, la que constituye motivo de reflexión filosófica en la colección de artículos que incluimos en este nuevo número de los *Cuadernos*. Al cabo, seguimos cumpliendo con aquello que acordamos: hacer de nuestra Revista un lugar de reflexión y crítica ante los grandes temas de la época.

8
9
19
8
9
18